

RECUERDOS DEL AÑO MARIANO

CONQUISTADORES EXTREMEÑOS DEVOTOS DE LA INMACULADA: PIZARRO

BIEN quisiéramos nosotros, en esta grata y dichosa oportunidad, y como recuerdo del Año Mariano, citar, uno por uno, a los extremeños que arrastró la gloria de la Patria, cuando la vieron envuelta en los claros resplandores del sol que caminaba a Occidente: Parece como si los hogares de esta heroica Extremadura fueran entonces nidos de águilas propicias a los más grandes designios providenciales.

Camino del mar fueron los caudillos de ambas provincias a las tierras recién descubiertas, llevando allá, en alas de un ideal patriótico y religioso, la dulce y piadosa devoción a la Inmaculada, devoción que aun pervive, como un vivo recuerdo, en el corazón de los pueblos de América.

Ya lo decía un Obispo peruano, en una feliz oportunidad, cuando el Santo Pontífice Pío IX recabó de los prelados de todo el orbe su parecer sobre la definición dogmática del apasionante Misterio de la Inmaculada: «Nuestra América recibió, juntamente con la fe católica, la creencia de haber sido María preservada del pecado original».

Donde quiera que el conquistador y el misionero ponían la cruz, crecía como en fresco hontanar el blanco lirio de la devoción a María Inmaculada. Porque, así como para España la Virgen María fue siempre sin mancilla de pecado, al llevar a las nuevas tierras esta venturosa devoción, aparecía iluminada con las celestes claridades que nimbaban tan augusto Misterio.

Pizarro, Cortés, Valdivia y aquella inflamada legión de héroes nacidos en estas tierras, pardas y sombrías, infinitamente abirteas, como diría el poeta, son españoles porque han nacido en este solar bendito de Extremadura, hermoñado con la presencia de la milagrosa Virgen de Guadalupe. Pero si ponderamos justamente las dimensiones y densidad de su genio prodigioso, los subidos quilates del valor que atesoraban, el talento político, su intrepidez y la magnitud de sus empresas universales, estos hombres de excepción, son de todos los tiempos; pertenecen a la Humanidad: son genios que sintetizan la grandeza hispánica de nuestros siglos dorados, cuando España era universo y andaba empeñada en empresas celestes y singladuras marinas. Pero sobre todo, eran fervorosos devotos de la Purísima Madre de Dios.

Con razón se ha dicho, que la celeridad o rapidez con que se difundió el Cristianismo en el Nuevo Mundo, se debe singularmente, a la divina acción mediadora de la Virgen María, luz del misionero.

guía y oriente seguro del conquistador: los españoles llevaron a la conquista, como recuerdo de piedad íntima y familiar, atrayentes imágenes de María que, en lenguaje colonial, llamaron «Conquistadoras», por los sorprendentes efectos que producían en el ánimo de los indios.

De Santa Teresa se dice que regaló a un hermano suyo una de esas Virgenes Conquistadoras, la Inmaculada, pasando a su muerte, por voluntad del mismo a los franciscanos que tenían a su cargo el adoctrinamiento de los indios del Realejo en la América Central.

Así, por vía de esta forma ingeniosa y sencilla, fueron *marianizadas* las razas indígenas antes de recibir la benéfica plenitud de nuestra civilización redentora, por humana y por cristiana.

Según certeramente señala el Inca Garcilaso, a la gloriosa estirpe de los Pizarros, debe el mundo, que mediante sus trabajos e increíbles hazañas, les quitaran a los indios, de Méjico y Perú, las infernales tinieblas en que morían y les dieran la luz evangélica en que hoy viven».

Lo cierto es, que tanto el famoso conquistador del Perú, Francisco Pizarro, como sus heroicos hermanos y aquellos valerosos compañeros de conquista, amaban con encendido ardor el Misterio de la limpia Concepción de la Santa Madre de Dios: la lista de los esclarecidos hijos de Trujillo que siguieron al conquistador en su magna empresa, señalaba un elevado exponente, asombroso en calidad y número. Pero sobre los más destacados valores resaltaba en sus costumbres y vida religiosa, el fervor inmaculista dominante en esta opulenta ciudad: en Trujillo el Concejo juraba ante la imagen de la Inmaculada, defender la Concepción sin Mancha de la Virgen María.

Y tan llameante fe en este privilegio le transplantaron en el corazón de los incas los conquistadores, como idea central de sus más claros designios.

Y al partir de Panamá para la conquista del Perú, comulgaron los héroes en una iglesia dedicada a la Virgen Purísima, poniendo Pizarro el rumbo y porvenir de su empresa bajo la salvaguardia de tan celestial Señora.

Otro historiador veraz relata la ardiente fe del conquistador en estos sinceros términos: «...y ayudando a Francisco Pizarro, Dios y su Madre, de quien fué siempre muy devoto...».

Una de las naves del conquistador del Perú se llamaba «Concepción». Y como recuerda el cronista Herrera, cuando Pizarro estaba lleno de trabajo y preocupaciones, en las tardes, «decía ¡a Salve y otros rezos con las Horas».

Los primeros templos levantados como triunfos perennes de nuestra fe en el Perú, fueron dedicados a la Santísima Virgen María. Varios y celebrados autores recuerdan el milagro operado por Nuestra Señora en favor de los españoles, del que hace un caluroso elogio Calderón en una de sus obras inmortales: En los aprietos del Cuzco, recibieron el decisivo auxilio de la Purísima Virgen María, sin el que hubieran todos perecido, y en acción de gracias mandó

Hernando Pizarro pasear triunfalmente por las calles de esta vieja ciudad a la Virgen de la Victoria, Patrona de Trujillo, en reconocimiento de tan señalado favor.

Esta viva y creciente devoción de los españoles aparece con señalados relieves marianos, cuando en su fundación, Francisco Pizarro comenzó invocando la ayuda del Redentor y de su Madre Inmaculada: Pizarro dotó a esta gran ciudad del Cuzco de un magnífico templo, que recibió el nombre de Nuestra Señora de la Concepción, y en él hizo públicas las cédulas del Emperador Carlos V, otorgándole el nombramiento de Gobernador, Adelantado y Alguacil Mayor.

Al fundar luego Lima, en 6 de Enero de 1535, el pueblo más histórico de la América Española, le puso bajo la protección de la Purísima Virgen María, en el Misterio de su Asunción, fundando, además, una cofradía en honor de Nuestra Señora y otra eucarística, dedicada al culto de Jesús Sacramentado.

Señalemos gozosos, cómo en esta imperial ciudad, brotó la primera y más linda flor de santidad del Nuevo Mundo: Santa Rosa de Lima, que a los once años gozaba de una celeste intimidad con María Inmaculada.

Y también favoreció generosamente Pizarro a la española Orden de Predicadores, primeros apóstoles del Perú, cediéndoles una extensa parcela de terreno vecina al palacio que construía para sí, a fin de que levantaran convento e iglesia dedicados al culto de la Virgen del Rosario, que aman con delirio los hijos de Lima. El conquistador ofreció otro convento a la Orden de la Merced, tan devota de María Inmaculada.

Este caudillo de la conquista de aquel poderoso y rico Imperio Inca, llevaba siempre una preciosa imagen de la Purísima Virgen María, que luego después de su muerte recibió como la más preciada herencia su hermano don Gonzalo.

Un día, comentando la trágica suerte de Francisco Pizarro, un historiador de su mismo apellido, nos dice: «Puede ser un argumento de su eterna salud, la devoción ardiente que el Marqués tenía a la Reina de los ángeles, a cuya Concepción Inmaculada dedicó y dotó una capilla mayor en la principal iglesia».

Así aparece rigurosamente cierto, porque el inmortal hijo de la bella ciudad cacereña, como si presintiera el inesperado y súbito fin de su existencia, con sentidas y piadosas frases en su testamento, pide a la Virgen Purísima, que sea su abogada en la hora postrera, al mismo tiempo que manda, se dedique en su pueblo natal una iglesia a la Concepción Inmaculada. ¡Todavía a lo largo de los siglos, palpita esta última voluntad immaculista de Pizarro, en la fundación de un Hospital con su iglesia de la Concepción en Trujillo, en donde encuentran consuelo los tristes, ayuda los desamparados y paz cristiana los pobres desheredados de los bienes terrenos!

Gonzalo Pizarro, «el legendario adalid de las más gloriosas páginas en la conquista, y guerrero experimentado en la lucha con los indios», como le llama un ilustrado historiador local contemporáneo, era tan devoto de la Purísima Virgen María; jamás negaba



ALBUM EXTREMO.—Madroñera (Cáceres). Picota del siglo XV, llamada vulgarmente *Mona del Rollo*. (Foto Rodrigo)

favor que se le pidiera en su nombre: Su vida laboriosa era presidida por una imagen de la Santa Madre de Dios, apoyada sobre la limpia y tersa superficie de su mesa de trabajo.

Aquella legión de héroes de Trujillo y otros pueblos de España que tomaron parte activa en la conquista, gobierno y civilización del Perú, sentían su ánimo fuertemente atraído por el sugestivo imán divino de la Virgen sin mancilla de pecado. Por igual impulso eran devotísimos de María Inmaculada los misioneros que, con su ardoroso afán apostólico, contribuían a extender como un sol radiante, la obra de íntima vocación mariana, nacida en el alma de los indígenas.

Cierto es el lúcido pensamiento de un Obispo americano, Monseñor Angel Jara, cuando en solemne ocasión exclamaba: «La América, no ha llegado a Jesús, sino en brazos de María, ni ha tronchado sus cadenas de servidumbre, ni ha encarrilado su marcha en la senda del progreso, sin que arraigara en el corazón de sus hijos un amor ardiente y entusiasta hacia la Virgen María».

Tan fecunda y exuberante fué la *marianización* del Perú, que cuando preguntaban a los indios ya evangelizados, quien era la Virgen María, respondían con estas tiernas y temblantes palabras: «La azucena blanca, la Rosa del cielo; la Inmaculada».

Todavía se conserva y perdura en algunos pueblos americanos la tradicional costumbre de cabalgar la víspera de la Inmaculada en caballos lujosamente enjaezados, cantando con el acompañamiento de sonoros instrumentos musicales por calles y plazas; y haciendo paradas en determinados lugares el vistoso cortejo, pregunta en alta y vibrante voz el director de la fiesta: «¿Cuál es la causa de tanta alegría?» Y contestan todos desbordantes de gozo: «La Inmaculada Concepción de María».

Es algo parecido a la impetuosa y alegre «encamisada» de Torrejoncillo, tan dichosamente popular y llena cada año de altos rumores de plegarias y de singular veneración hacia tan apasionante Misterio: Torrejoncillo es, sin duda, uno de los pueblos españoles de más rica vena inmaculista, y en donde se conserva con toda su integridad y pureza esta áurea tradición de siglos, en honor de María Inmaculada.

Terminemos recordando un final relato florecido en rosas de la más viva emoción en honor de Francisco Pizarro:

No hace muchos años que una Misión española visitaba el sepulcro del conquistador en la maravillosa Catedral de Lima. Ante su cuerpo desnudo, que reposa en una urna de cristal, bajo el peso soberano de un león, españoles, sintiendo el escalofrío de lo grandioso, cantaron una Salve en lugar del rezo de un responso, recordando el ardiente fervor concepcionista, que iluminó la vida de este genio universal.

Fué sin duda el más impresionante y cálido homenaje, que pudieron ofrecer al coloso extremeño, el hijo más esclarecido de la histórica ciudad de Trujillo.